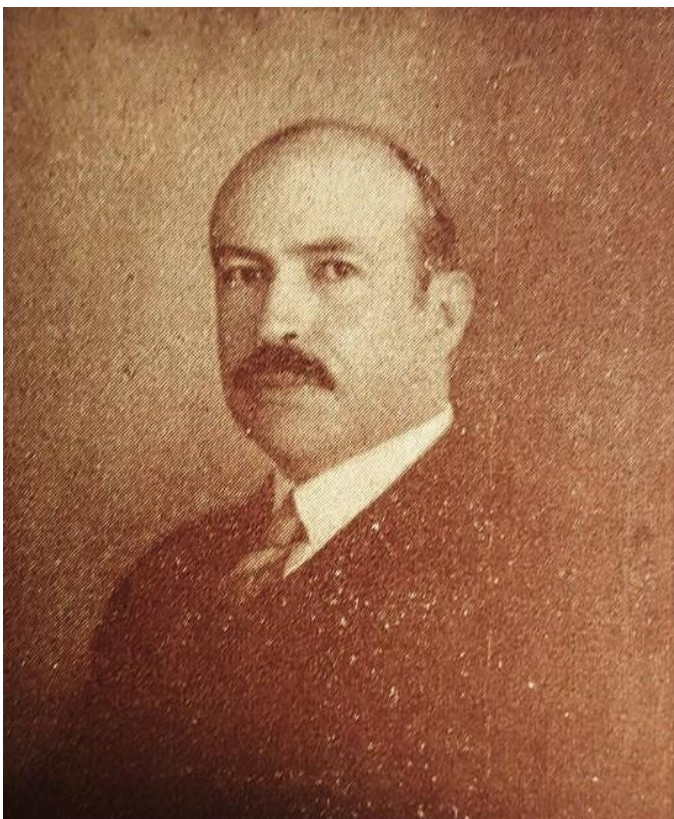


## Abraham de la Vega



### **ELMINA PAZ DE GALLO – SOR DOMINGA DEL S. S. – MADRE ELMINA**

Estos tres nombres designan a un ser admirable por sus virtudes, cuya vida comenzó hace cien años para culminar con actos tan singulares de fe y caridad como fecundos en sus frutos, que el recuerdo de aquella, extinguida hace solamente veintidos años en Tucumán, es ya en esta provincia y en todo el país, una tradición inmortal. En ésta se acrisolan y funden esta trinidad de nombres con la simpatía y el significado armonioso con que millares de labios los pronunciaron para pedir dones espirituales o materiales a la dama del mundo, primero, a la religiosa, después, y, a la madre que sumando a ambas exaltó este supremo título divino y humano a la vez hasta la altura, pocas veces accesible, a donde sólo llega por la

más pura y santa evocación mística.

Elmina Paz nació el 10 de Setiembre de 1833 en la ciudad de Tucumán, siendo sus padres don Manuel Paz y doña Dorotea Terán, de las familias más distinguidas y pudientes por su abolengo y por sus bienes, que consistía principalmente, en estancias y ganados que eran administrados con la recta sencillez de aquellos tiempos patriarcales y con el estoicismo con que se soportaban las recias luchas que agitaban la Nación y que causaban muchas veces la ruina hasta la muerte del poderoso del día anterior. Pero la austeridad del carácter asentada en una sólida roca de convicción cristiana, la esperanza de días mejores para la patria, era superior a todas las adversidades y se confiaba en la prosperidad futura mientras la guerra civil no acabara con la vida de todos los hombres y con la de la hacienda <<bagual>> refugiada en los montes y librada así del secuestro por ejércitos o del saqueo por las montoneras. En un ambiente así se modeló la infancia y la adolescencia de Elmina Paz en los años de la época de Rosas, de guerra civil despiadada, de encontradas pasiones y virtudes, de martirios y heroísmos que estallaban en contrastes violentos y que despertaban la dormida ternura de su alma ante el llamado de la cruenta realidad para dar ya tempranamente los dones de su tesoro espiritual que los años futuros revelaron inagotable.

Unida en matrimonio con don Napoleón Gallo, constituyó un hogar eximio por su virtud, en cuyo seno nació y murió al tercer año de su vida una única hija, dejando en sus padres un dolor de amor inextinguible y fecundo en obras benéficas para los huérfanos desamparados.

Con esta orientación de fe y de caridad piadosa se acrecentaron las obras benéficas de Elmina Paz de Gallo, secundadas por la influencia recia de su esposo que como uno de los dirigentes más destacados y viriles en las luchas políticas de la época de la organización nacional y primeros años posteriores a la federación de Buenos Aires, desarrollaba una ardorosa acción cívica, mitigada para su bien y para los de sus mismos adversarios - es decir, para el bien de todos - por el mérito de esas obras y por la apacible ternura de la mujer, que no falló nunca y que parecía avivarse en los días nefastos. Habiendo fallecido don Napoleón Gallo en el año 1886, su viuda abandonó la ciudad y se recogió en la soledad del campo para sentir más íntimamente su pena y confortarse más espiritualmente con su fe religiosa hecha de amor, de dolor y de esperanza como pródigos dones divinos. Pero llegó hasta su retiro muy pocos meses después la angustia de su pueblo diezmado por el cólera, la espantosa peste de Oriente que causaba pánico con el espectáculo diario en las casas y hasta en las calles y plazas de los muertos, enfermos y aun de los sanos sobrecogidos por el temor y contristados por la pérdida de un ser querido o por el abandono más desesperante. Muchas personas afrontaron con ánimo esforzado el deber que les imponían aquellos días aciagos y ante el dilema de la vida sin peligro y egoísta o de la vida expuesta al contagio mortal, optaron por esta última para cumplir con aquél en bien del prójimo, deber impuesto por convicciones religiosas o morales que elevan las acciones humanas, por encima de todo, hasta la santidad y el heroísmo. Respondiendo a esa angustia que clamaba ayuda, doña Elmina Paz de Gallo cumplió plenamente su deber dedicándose con la cooperación de otras abnegadas damas a socorrer a los huérfanos, llevando a los más necesitados a su propia casa, que desde entonces, fue de ellos para siempre como todos los demás bienes y el resto de la vida de la benefactora. Es que en esos días de tanta tribulación como de sacrificio encontró ésta el cauce definitivo por donde debían correr las aguas mansas y caudalosas de su vida hacia la realización plena de su vocación mística consagrándose con sus compañeras, y tan pronto como volvieron los días sin zozobras, a la vida religiosa, fundando la Congregación de Hermanas Dominicas de Tucumán y el Asilo Escuela de Huérfanos. Comienza así la obra piadosa e imperecedera de Sor María Dominga del Santísimo Sacramento, que desde entonces hasta ahora ha dado el alimento espiritual y material a muchas generaciones de niñas desamparadas y con fuerza de irradiación tan vasta que la casa madre de Tucumán está ramificada en las filiales de Santiago del Estero, de Santa Fe y de esta capital. Obra de verdad y de caridad excedió a los recursos de su fundadora dedicados a ella exclusivamente, disminuídos por reveses de la fortuna pero suplidos con la fe que salva a todos los obstáculos y todas las crisis y que la ha dado siempre una base inmovible en la que están inscriptos los nombres de la Madre Dominga o Madre Elmina, como también solía llamarla la veneración pública. Y en el día de hoy, centenario de su nacimiento, cabe recordar y renovar esta veneración por las obras de su vida que se han cumplido aún después de concluída ésta, como lo quiso su santa previsión.

Abraham de la Vega

**Libro Centenario del Nacimiento de 1933**

**Páginas 84 - 89**

